



UNIVERSIDAD VASCO DE QUIROGA

RVOE ACUERDO No. LIC 100409

CLAVE 16PSU0024X

FACULTAD DE FILOSOFÍA

TITULO:

**EL SER EN RELACIÓN
(LA PERSONA)**

TESIS

Para obtener el título de:
LICENCIADO EN FILOSOFÍA

Presenta:

JUAN PABLO ORTEGA VILLA

ASESOR DE TESIS:

LIC. MANUEL GARCÍA NAJERA

MORELIA, MICH., AGOSTO 2017



AGRADECIMIENTO

El presente trabajo quisiera dedicarlo a Dios por el regalo de estar en relación con Él a través del primer llamado, y eso me permitió elaborar un trabajo para la vida.

También se lo ofrezco a mis Padres y hermanos por confiar en mí brindándome todo su ser y su tiempo, pues ellos me motivan el deseo de ser mejor.

A todas las personas que han aportado ideas, pensamientos y cosas nuevas; por todas aquellas que me motivan a seguir en relación y que me proyectan hacia una realidad que está esperando a ser realizada.

A mis amigos y compañeros por su apoyo incondicional, pues sin ellos no hubiera sido posible plasmar en este trabajo mi interés por una mayor integración en la fraternidad de nuestras personas.

Gracias a Dios por todas las personas que son su paciencia colaboran en la búsqueda y formación de mi propia persona, especialmente a mis formadores y, sobre todo, a mis asesores.

Mil gracias...

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
CAPÍTULO I. EL SER CONSIGO MISMO	
1. El ser y los filósofos	6
2. El hombre, unidad del cuerpo y alma	13
3. La conciencia de sí	15
4. La persona	16
CAPÍTULO II. EL SER CON LOS DEMÁS	
1. La alteridad	19
2. La necesidad de relacionarse con el otro	22
3. El otro perfecciona	24
4. La persona ser social	26
CAPÍTULO III. EL SER CON LAS COSAS	
1. Las cosas como medio	32
2. El hombre y el trabajo	36
3. El hombre creador de cultura	40
CAPÍTULO IV. EL SER CON DIOS	
1. Relación hombre-Dios (fe y amor)	44
2. Dios como perfección del hombre	47
3. Afirmación de la persona en Dios	49
4. Dios como fin último	50
CONCLUSIÓN	53
BIBLIOGRAFÍA	55

INTRODUCCIÓN

El tema de la persona suele ser de interés apasionante , por lo que a lo largo de la historia del hombre, éste se ha preguntado una y otra vez quién es él, porqué es, cuál es su principio, su destino, su fin. Evidentemente se han tenido diversidad de respuestas a tales interrogantes, todas ellas orientadas a conocer mejor su identidad.

Realmente no es una cuestión fácil de la que ya se pueden dar respuestas logradas sin temor a dejar cosas sueltas; sin embargo, el presente trabajo es un intento por conocer quién es la persona, cuál el concepto de persona, su principio, su fin, su entorno, su realidad. Por ello, se han de abordar necesariamente la realidad esencial de la persona en cuanto que es hombre, inmerso en una totalidad cosmológica con la que comparte toda su existencia y de la que también es parte en una de sus dimensiones. Este primer acercamiento debe realizarse desde la metafísica, pues ante todo, debe reconocerse que el hombre es un ente compuesto de materia y forma, como los demás seres, aunque poco a poco se vaya identificando lo que esencialmente le determina dentro de una especie única.

Habiendo tenido un acercamiento a la realidad ontológica del hombre, Se descubre que por su naturaleza no es un ente cerrado, sin posibilidades, sino que por no estar acabado, está abierto naturalmente a un abanico de posibilidades de orden trascendente, en donde poco a poco se va construyendo a sí mismo en virtud de alcanzar su culminación; sin embargo, se descubre que no es una realidad aislada, sino necesitada del reconocimiento y

autoafirmación gracias a la confirmación que de sí hace otra realidad abierta, inacabada, en vías de culminación, como él mismo. Aparece así la interioridad que se hace externa en la relación de iguales: el *yo-tú*, a la vez que favorecida tal, gracias a otra relación necesaria conocida como apertura del *yo-ello*. Se dice necesaria, porque el ello es la posibilidad de proyección del interior de la persona significando propiamente su prolongación y consiguiente realización mediante la transformación del cosmos.

Pero la persona no solamente es trascendencia en la inmanencia, pues reconoce con la experiencia que debe haber alguien o algo que la favorezca y le dé sustento, llegando a afirmar, explicando históricamente a través de diferentes vías, la necesidad de la existencia de un ser absolutamente Trascendente que dé sustento y sentido a toda la realidad circundante. A ésta nueva relación descubierta recibe la forma del *yo-Tú*, encuentro en el que la persona basa la razón de su existencia, pues descubre que solamente en ella logra la satisfacción de todas sus aspiraciones y cumplimiento de sus más naturales inclinaciones: La plenitud.

I. “EL SER CONSIGO MISMO”

¿Cómo se ve el hombre a sí mismo?

1. El “ser” y los filósofos

En la historia de la humanidad el hombre ha buscado, de un modo u otro, una explicación que dé sentido a la razón de su existencia, surgiendo como consecuencia gran diversidad de respuestas a las interrogantes planteadas, siendo tales respuestas no siempre afines sino hasta contradictorias entre los diferentes autores a lo largo de la historia del pensamiento. Sin embargo, es necesario reconocer que en todos los casos hay y debe haber un sustrato, un punto de partida, un principio común que se encuentra a la base y que no cambia pues es el fundamento para cualquier estudio, aquello que pertenece a lo que la escolástica conoce como “pensamiento perenne” o seguro. Este sustrato debe ser el mismo hombre en cuanto que es, y es éste precisamente, el ser, el punto de arranque de cualquier estudio filosófico, máxime, tratándose del mismo hombre¹.

Pero para responder a la pregunta sobre el ser del hombre, antes es necesario establecer el camino que lleva a responder qué es el ser. Desde los primeros tiempos de la filosofía el hombre se ha preguntado qué es lo que existe, si realmente existe. Las respuestas evidentemente han sido variadas, hay quien ha supuesto que la realidad es extramundana, fuera del mundo material (el mundo de las ideas de Platón), hasta quienes consideran como única realidad aquello que es evidente susceptible de comprobación científica

¹ “La filosofía es definida en los manuales escolásticos usuales como el conocimiento de las cosas en general por sus últimas causas, en la medida en que la razón natural puede alcanzar tal conocimiento”. Étienne Gilson, *El ser y los filósofos*, Ed. EUNSA, Navarra, 1996, p.9

a través de un método de verificación experimental (Los tres estadios de Augusto Comte).

Ambas corrientes oscilan históricamente en vaivenes de contraposición extrema entre ciertos tipos de idealismos, espiritualismos, racionalismos, etc., o los materialismos, naturalismos, científicismos, u otras corrientes que avalan primordialmente lo inmanente, lo histórico o finito.

Entre ambos extremos surge una explicación más coherente, guía del pensamiento filosófico de inspiración cristiana y que hunde sus raíces en el mundo clásico griego: el realismo moderado, que de inspiración aristotélica, es enriquecido por Santo Tomás, dándole el matiz propio y sirviendo de guía segura para explicar situaciones que desde otro ámbito de pensamiento, sería difícil comprender o conduciría a planteamientos equívocos.

El pensamiento aristotélico tomista explica de manera convertible el ser y el ente en cuanto que el ser propiamente es el acto de ser del ente, de este modo distingue entre el ser en absoluto, que solamente se predica de Dios, y el ser por participación que es propiamente el ente: (it quod est) lo que es. En este sentido, el término ente abarca todo género de realidades indicando conceptualmente lo que existe, lo que es real: un hombre, un mueble, una casa etc. El término procede del verbo ser y designa a la cosa en cuanto que es², señala por tanto, el objeto que está siendo en acto. La noción de ente indica un compuesto de sujeto y acto, algo que es. El “*algo*” indica la función de sujeto, la realidad de la que se habla y el “*es*” señala el acto, por tanto la perfección propia del sujeto que está siendo. Los dos elementos constituyen una unidad,

² Cfr. ALVIRA, Tomás, *Metafísica*, p.27

el ente hace referencia al ser aun cuando no se haya hecho el juicio “esto es”, o bien, cuando se escucha el verbo “es”, ya se supone al sujeto de ese acto. *Ser y ente se implican de manera recíproca*³.

“...la fundamental ambigüedad de la noción de ser comienza a aparecer. En una primera acepción, la palabra ser es un nombre. Como tal, significa un *ser* (sustancia, naturaleza y esencia de cualquier existente), o bien el ser mismo, una propiedad común a todo aquello de lo que se puede decir verdaderamente que es. En una segunda acepción, la misma palabra es el participio presente del verbo *ser*. ...indica el acto mismo por el que cualquier realidad dada es de hecho, o existe”⁴.

Sin embargo, para la mente del hombre la relación entre el ente y el ser no es recíproca. Ente es concebible, ser no, ya que este último sólo se percibe en la mente realizándose en una cosa que es. Lo contrario no puede darse, el ente es posible separado de la existencia actual, pudiendo distinguirse entre el mundo de lo real y el mundo de lo posible.

... “la naturaleza de este hecho paradójico ya ha sido admirablemente descrita por Kant en ... su *Crítica de la razón pura* ...: “*no es evidentemente un predicado real, o un concepto de algo que puede añadirse al concepto de una cosa*”⁵.

³ Cfr. Ibid p.28

⁴ Cfr. GILSON, Étienne, op cit, p 21.

⁵ Cfr. Ibid p. 22

Parménides orientó su reflexión hacia la naturaleza del ser, de tal modo que hágale el hombre lo que sea, jamás podrá pensar las cosas en otra forma que con existencia, siendo, ya sea en actualidad o en posibilidad. Por ello él decía: “*el ser es, mientras que el no ser no es*”. En este sentido, el ser es absolutamente o no es. De aquí se desprende la unicidad del ser, lo que da explicación también a la autenticidad o auto identidad del ente, pues algo es en sí mismo y no puede ser a la vez y bajo diferentes circunstancias otra cosa distinta (principio de no contradicción) al tiempo de negarse a sí mismo. Cada cosa es lo que es y no otra cosa.

Debe decirse que el acto de ser en sí mismo ya implica una perfección, de tal modo que todo lo que es por el mismo hecho de estar siendo en acto, contiene en sí ya una perfección. Por otra parte, ser se predica de todo lo que tiene la existencia, ya sea real o posible, de modo que también tiene el carácter de universalidad pues no es un hecho exclusivo a ciertas cosas o ideas. A la vez, el ser tiene carácter de totalidad pues abarca a todo lo que la cosa es, no sólo ciertos aspectos o partes del ente, como puede ser una simple acción que afecta algo de la cosa en particular.

En este sentido, la simple acción es un accidente que puede variar o no sin que por ello se altere el acto de ser de la cosa, pues el ente guarda una cierta perfección en cuanto que es, pudiendo afirmar que esta perfección está contenida en el sustrato o también llamada sustancia⁶. El sustrato o sujeto es en el que se asientan los accidentes, lo que está debajo, lo subsistente; no está

⁶ “Las mutaciones accidentales manifiestan que en las cosas existe un sustrato permanente y estable, la sustancia, y unas perfecciones secundarias y mudables, que son los accidentes”ALVIRA, Tomás, Op. Cit. p.53.

en otra cosa, sino en sí misma; en cambio, los accidentes necesitan estar en el sustrato o sustancia. La sustancia es la realidad a cuya esencia o naturaleza le compete ser en sí, no en otro sujeto.

La esencia, a veces entendida como sustancia, es el modo de ser subsistiendo; pero ambos términos no son sinónimos, se refieren a la misma realidad. Sin embargo, esencia es el modo de ser determinado y concreto incluyendo al ente en una especie propia; mientras que el término sustancia indica que se recibe el *esse* como propio y es sustrato para los accidentes⁷. Por su parte, los accidentes son ciertas perfecciones múltiples, determinaciones derivadas y secundarias del núcleo de una cosa, son dependientes de la sustancia, realidades a cuya esencia le conviene ser en otro como en su sujeto: ser en otro (*esse in o inesse*).

De los accidentes se puede decir, según su origen, que son propios de la especie, inseparables de cada individuo cuando son propios de la especie; pero son también separables cuando no son esenciales, como una acción concreta que puede ser o no ser sin alterar la naturaleza, o cuando proceden de un agente externo.

Con todo, atendiendo al ser de las cosas, cualquier realidad es en sí o es en otro, no hay término medio. De este modo, hay facultades propias del hombre que aun siendo necesarias según la propia especie, son accidentes, como la inteligencia o la voluntad, ya que no pueden ser por sí mismas si no son en el individuo hombre. Desde el punto de vista de la lógica, los

⁷ Cfr. Ibid p.55

accidentes propios de la especie se denominan “propiedades”, reservando el término accidente para las características que pueden darse o no en cada uno de sus individuos⁸.

El accidente cualidad modifica intrínsecamente a la sustancia en sí misma, haciéndola ser de un modo u otro. Existen las cualidades pasibles (temperatura, color, grado de humedad, etc), la forma y la figura (propiedad que delimita la cantidad dotando de dimensiones y contornos determinados), las potencias o capacidades operativas (capacitan a la sustancia para desarrollar actividades), los hábitos (cualidades estables que muestran la disponibilidad del sujeto según la conveniencia de su misma naturaleza: hábitos entitativos; o su obrar y su fin: hábitos operativos⁹).

El accidente relación consiste en la referencia u ordenación de una sustancia a otra, de un sujeto hacia otros distintos de él; es un “ser hacia otro” o “ser respecto a otro”, pero que no añade nuevas características intrínsecas al sujeto. Es como un salir de sí hacia otro. Puede ser real o de razón. En la

⁸ “La sustancia, junto con los nueve tipos de accidentes, constituyen los diez géneros supremos del ente, llamados también predicamentos o categorías: se trata de la descripción de los modos reales de ser.”Op. Cit. p. 65.

Los accidentes son de tres tipos: los que afectan intrínsecamente a la sustancia, como la cantidad, la cualidad y la relación; los extrínsecos, como el dónde, la posición, la posesión, el cuándo; y finalmente los mixtos, como la acción y la pasión. Debe decirse también que un accidente está en potencia con respecto a otro y que algunos pueden ser causa de otros.

⁹ El carácter propio de los hábitos es que tienen la razón de bien o de mal. Una virtud es lo bueno, mientras que un vicio es lo malo. Esto le da la capacidad de aplicación en el ámbito de lo moral.

Los hábitos operativos se distinguen según las potencias que perfeccionan: intelectuales (ciencia, prudencia), en la voluntad (justicia), en el apetito sensible regido por la inteligencia y la voluntad (fortaleza y templanza); según su origen: naturales y sobrenaturales (teologales o morales infusas). Cfr. Op. Cit. p. 71-72

relación real participan: el sujeto, el término, un fundamento y la relación misma o vínculo entre una cosa y otra¹⁰.

Todos los seres, según su grado de perfección, constituyen un orden jerárquico, primero de manera horizontal (donde se descubre el orden en el cosmos y el lugar dentro de la misma especie) y luego de forma vertical, desde donde se descubre la Causa Primera y el Fin Último (Dios). Es también uno de los fundamentos de la bondad que los hombres alcanzan con su obrar¹¹.

Existen tres tipos de relaciones: según la dependencia en el ser (una respecto de otra), la relación mutua basada en la acción y la pasión (la una que no se puede dar sin la otra), y la relación según la conveniencia o disconveniencia basadas en la cantidad (igualdad, inferioridad, superioridad), la cualidad (semejanza o desemejanza) y la sustancia (diversidad o identidad).

De las relaciones de razón se puede decir que se dan cuando falta uno o varios de los elementos que requiere la relación real: relaciones entre conceptos, la relación de identidad consigo mismo, con extremos irreales o a las que corresponde una relación real de sentido contrario.

¹⁰ El ejemplo clásico es el de la filiación: el sujeto es el hijo, el término lo constituyen los padres; el fundamento es la generación (parentesco) y la filiación es la misma vinculación del hijo respecto de sus padres.

¹¹ “Las criaturas tienen una primera bondad en cuanto participan del ser; pero logran toda la perfección que es conviene por una bondad segunda, que consiste en la realización, por medio de las operaciones del orden que cada una de ellas tiene a su fin. El hombre es bueno, en sentido pleno, en la medida en que actúa de acuerdo con las exigencias de su ordenación a Dios”. Cfr. Op. Cit. p. 74.

Ha de apuntarse también del ente que tiene determinaciones de acto y potencia derivadas del conocimiento del movimiento¹². La potencia es la capacidad de tener una perfección, mientras que el acto es la adquisición de la perfección propia; por tanto, existe una contraposición entre potencia y acto; sin embargo, a pesar de ser contrapuestos como lo perfecto a lo imperfecto, la potencia no se reduce a una privación de acto, sino a una capacidad real de perfección. En este sentido debe decirse que la potencia se distingue entre pasiva –acto primero- (capacidad de recibir) y activa –acto segundo- (capacidad de obrar).

2. El hombre, unidad de cuerpo y alma

Para dar el salto de la consideración ontológica del ser a la unicidad del hombre, hemos de partir del acontecimiento que implica en el hombre una composición única, distinta al resto de los entes, pues aunque todo ente se compone de potencia y acto, materia y forma, en el hombre estos son principios fundamentales con características propias que le dan la particularidad de ser absolutamente distinto. Esa particularidad lo constituye el hecho de que la materia y la forma actúan de tal modo que si faltase alguna, ya no se hablaría de hombre. La materia constituye el cuerpo mientras que la forma constituye el espíritu.

Históricamente explicar la relación entre alma y cuerpo ha significado no un trabajo simple, pues si bien para los antiguos griegos el cuerpo era la

¹² Aristóteles explica dos aspectos del acto y la potencia. El primero desde el punto de vista físico, en el que el acto y la potencia son elementos que explican el movimiento. El segundo aspecto es desde el punto de vista metafísico, indicando que el acto y la potencia son principios constitutivos y estables de todas las cosas; las sustancias corpóreas están compuestas de materia prima (potencia) y forma sustancial (acto).

prisión del alma¹³; para otros, después de un largo proceso de asimilación, definen al hombre como un ser vivo dado a la experiencia compuesto de un alma y un cuerpo, en el que el alma es la forma del cuerpo¹⁴. Sin embargo, también se plantean las diferencias con respecto a los otros seres vivos, plantas y animales que de suyo también tienen alma, porque el alma del hombre, conteniendo las cualidades del alma vegetal y sensitiva es además espiritual. Esto ya lo suponían los griegos, pero consideraban en el hombre la convivencia de los tres tipos jerarquizados de alma; más Aristóteles ubica en el hombre la existencia de una sola alma en la que se contienen las tres condiciones¹⁵, siendo lo específico del ser humano lo espiritual, principio de las facultades propias, a saber: inteligencia, voluntad y libertad¹⁶.

¹³ “Mientras tengamos cuerpo estamos muertos, porque somos fundamentalmente nuestra alma, y el alma mientras se halla en un cuerpo está como en una tumba y por lo tanto insensibilizada. Nuestra muerte corpórea es vivir, porque al morir el cuerpo el alma se libera de la cárcel. El cuerpo es la raíz de todo mal, es origen de amores alocados, pasiones, enemistades, discordias, ignorancia y demencia: precisamente, todo esto es lo que lleva la muerte al alma”. Cit. pos. REALE, Giovanni, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, p.143.

¹⁴ La unión del alma y del cuerpo es sustancial pues la unión de estos elementos da como resultado una sola sustancia; por tanto no es una unión accidental como elementos aglomerados. En el hombre no es una sustancia constituida por la síntesis de dos sustancias preexistentes, y sus elementos permanecen ontológicamente distintos. El alma y el cuerpo están unidos sustancialmente. Cfr. VERNEAUX, *Filosofía del hombre*, p.222; STEIN Edith, *La estructura de la persona humana*, pp. 126-129; MOUNIER, Emmanuel, *Obras completas II*, pp. 123-129; ARTIGAS, Mariano, *Filosofía de la naturaleza*, pp. 303-305.

¹⁵ “...a) Los textos magisteriales... hablan de una naturaleza humana que consta de alma y cuerpo; b) Viene... señala que alma y cuerpo se unen sustancialmente pero el sujeto es el alma (*anima forma corporis*) c) El Vaticano II asevera que el hombre es uno en cuerpo y alma (*corpore et anima unus*)”. Cfr. RUIZ de la P. Juan L., *Imagen de Dios*, p.129

De lo anterior se deduce una clara formulación de la unidad en la que ya no se puede afirmar “el hombre tiene alma y cuerpo” sino que “el hombre es en cuerpo y alma”. Es carne animada un yo encarnado.

¹⁶ Cfr. AQUINO, Tomás de, *Suma Teológica, Tratado del hombre, qq75-102. pp.665-872.*

3. La conciencia de sí

El hombre por naturaleza se manifiesta esencialmente como inteligencia, voluntad y libertad, facultades que le caracterizan como tal. Son estas facultades las que le posibilitan virar hacia sí mismo, lo que comúnmente se denomina reflexionar. A diferencia de los animales, cuyo organismo les permite la facultad de pensar, pues tienen cerebro, no saben que saben, dado que su cerebro sólo les permite organizar ciertos actos de su cuerpo, lo que ordinariamente llamamos actos instintivos; pero el hombre naturalmente ejerce sus facultades posibilitándose para saber que sabe. Él es el único ser capaz de dar razón de sí, el único capaz de auto formarse, el que dice por sí mismo yo. Eso no puede hacerlo ningún animal¹⁷.

Conciencia no es lo mismo que razón o razonable. La conciencia no se despliega sobre la vida psicológica, es una conducta entre otras y no algo espontáneo. Está ausente de los actos simples del organismo, la reacción motriz, propios de la excitación sensorial. El primer acto de la conciencia es una parada activa para mirar, reflexionar, meditar, examinar cualquier situación compleja, superar resistencias, formar juicios, tomar decisiones, comenzar a ejecutar, etc. Es iniciativa de acción intensa.

¹⁷ “Cuando miro a un animal a los ojos, hay en ellos algo que me mira a mí. Miro dentro de mi interior, dentro de un alma que nota mi mirada y mi presencia. Pero se trata de un alma muda y prisionera: prisionera en sí misma, incapaz de salir de sí y acercarse a mí... Cuando miro a un hombre a los ojos, su mirada me responde. Me deja penetrar en su interior, o bien me rechaza. Es señor de su alma, y puede abrir y cerrar sus puertas. Puede salir de sí mismo y entrar en las cosas. Cuando dos hombres se miran, están frente a frente un yo y otro yo... Si se trata de un encuentro en el interior, el otro yo es un tú. La mirada del hombre habla. Un yo dueño de sí mismo y despierto me mira desde esos ojos. Una persona libre y espiritual. ”. Cfr. STEIN, Edith, Op. Cit. p. 94.

La toma de conciencia no es un dejar pasar, un sueño, es un combate, y el combate más duro del ser espiritual, lucha constante contra el sueño de la vida y del espíritu. Busca siempre un sentido a su actividad, es toma de posesión de un valor. Es necesidad de elección¹⁸.

4. La persona

Después de haber reconocido la identidad del hombre y la conciencia que tiene de sí, se hace necesario ir más allá y afirmar la otra dimensión que caracteriza su naturaleza, pues no sólo se limita en poseer el ser, por el contrario, el hombre no precisamente posee el ser, no es, dado que no agota su naturaleza por el simple hecho de estar en acto, contrariamente, es el único ente, la única criatura no plenificada meramente por existir, antes bien, está en proceso de ser, cuya realización la obtendrá hasta cuando logre la perfección de todos aquellos elementos propios de su naturaleza ahora latentes, en potencia de perfección¹⁹.

El hombre pertenece a una segunda dimensión reconocida por él, en la medida que va adquiriendo paulatinamente la conciencia de sí, de su realidad, de su naturaleza, del ejercicio de sus facultades. Así, el hombre conoce que no solamente posee ser, un sustrato y unos accidentes; o que tiene capacidades motoras como los animales o que realiza actividades inconscientes propiamente llamadas de hombre en cuanto a su procedencia animal, sino que

¹⁸ Cfr. MOUNIER, Emmanuel, Op. Cit. p.286; LÉVINAS, Emmanuel, *Humanismo del otro hombre*, p.86; ARTIGAS, Mariano, Op. Cit. p.297; GUERRA L., Rodrigo, *Volver a la persona, El método filosófico de Karol Wojtyla*, pp.245-252

¹⁹ “Ser persona quiere decir ser libre y espiritual. Que el hombre es persona: esto es lo que distingue de todos los seres de la naturaleza”. Cfr. STEIN, Edith, Op. Cit. p 94.

por el contrario, él se sabe a sí mismo reflexionando, retornando a su interior hasta encontrarse en una doble dinámica en la que es arrojado intencionalmente hacia fuera para descubrir al otro, al prójimo, en donde termina por identificarse consigo mismo.

Es gracias a esa doble intencionalidad por la que se conoce a sí, logrando identificarse con autenticidad, pues entiende que él no es el otro con quien se está relacionando; pero que tampoco está aislado del otro. Es un ser arrojado hacia su interior²⁰ donde se descubre, pero que a la vez debe ir hacia fuera descubriendo al hermano en quien se proyecta identificando lo que propiamente no es²¹.

Es en este proceder de interiorización y exteriorización donde el hombre descubre también a Dios, principio y culmen de su realidad humana. Y es en esta dinámica donde se posibilita para reconocerse ya no solamente humano, hombre²², sino como un ser trascendente capaz de ir más allá de sí mismo; es lo que muchos pensadores han denominado “persona”²³.

Lo propio de ser hombre, humano, es reconocerse distinto a los demás sin perderse entre la multitud, descubriéndose entre ella como diferente pero a la vez igual. Crea su espacio vital con la ayuda del otro, crea su intimidad

²⁰ El conocimiento intelectual y el querer, por ser inmateriales, no son medibles orgánicamente: son “interiores. Sólo los conoce quien los posee, y sólo se comunican mediante el lenguaje o a través de la conducta, pues nadie puede tener los pensamientos de otro...”

²¹ Tener interioridad, un mundo interior abierto para mí y oculto para los demás, es intimidad: apertura hacia dentro.

La intimidad es el grado máximo de inmanencia.

²² La inmanencia es una de las características más importantes de los seres vivos”. p. 62.

²³ “La fuente última de la dignidad del hombre es su condición de persona” p61; A.A.V.V., *La revolución personalista y comunitaria en Mounier*, p.43.

donde se conoce. La intimidad tiene capacidad creativa. Lo propio del hombre es ser algo nuevo y causar lo nuevo. “La persona es un ser que se manifiesta, puede mostrarse a sí misma y mostrar las “novedades” que tiene, es “un ente que habla”, que se expresa, que muestra lo que lleva dentro. Con la palabra y el acto nos insertamos en el mundo humano, y ésta inserción es como un segundo nacimiento (...) Su impulso surge del comienzo que se adentró en el mundo cuando nacimos, y al que respondemos comenzando algo nuevo por nuestra propia iniciativa (...). Este comienzo no es el comienzo del mundo, no es el comienzo de algo, sino de alguien: el principio de la libertad se creó al crearse el hombre”²⁴.

²⁴ H. ARENDT; La condición humana, Paidós, Barcelona, 1993 ,p.201.

II. “EL SER CON LOS DEMÁS”

¿Cómo se ve el otro?

En el capítulo anterior se ha intentado ubicar quién es el hombre ante sí mismo, cómo se percibe ante su propia realidad, cuál es su constitución ontológica y, por tanto, la conciencia que tiene de sí, a fin de lograr un acercamiento mayor ante la pregunta ¿quién es el hombre? y llegar a la respuesta que pudiera acercar a la posibilidad de establecer un conocimiento mayor respecto a quién es la persona y sus dimensiones como realidades internas; mientras que ahora se habrá de intentar conocer la realidad de la persona en cuanto sus dimensiones externas se refiere, abordando los temas que tienen que ver con el *otro* como semejante al *yo*, sujeto afín con el que se ha de experimentar una relación que perfecciona, por lo que se entiende al otro como necesario experimentándose ambos en una nueva realidad de relaciones dentro de un ámbito llamado social.

1. La alteridad

El hombre se descubre a sí mismo, desde el inicio de su vida, a partir de la primera experiencia de darse cuenta que no es él solo, que hay algo independiente y diferente de él: algo que le ofrece sensaciones múltiples; sin embargo, no todo eso que se ofrece a la balbuciente experiencia es tan distinta, hay algo en el que encuentra cierta similitud y por el que experimenta no solo satisfacción física u orgánica, sino que además siente la necesidad de frecuentar su cercanía porque le produce sosiego, tranquilidad, seguridad, alegría, conocimiento, etc., del que aprenderá a no confundir ya con un algo, sino a distinguirlo como un alguien, como dice “...primacía a la comunión

inmediata con el otro hombre en el mundo rechaza la autosuficiencia del yo y se siente totalmente polarizada por la responsabilidad frente al otro y por la necesidad de realizarse en comunión con él.”²⁵. Este es el planteamiento más sencillo, desde las primeras experiencias del hombre, para desde ahora suponer ya la alteridad, el reconocimiento del otro como una realidad natural al ser humano; sin embargo, siendo tan natural, es a la vez tan ignorado u olvidado.

Con este primer planteamiento se pone en evidencia la presencia en el hombre de un segundo yo, de alguien que tiene las mismas características de quien lo descubre, pero que tiene autonomía propia y que, a la vez, es gracias a él, a su estar cerca, por quien el primer yo se descubre siendo. Y se debe decir siendo, porque como ya se ha anotado antes, del hombre no puede decirse que ya es, sino que está edificándose poco a poco. En este sentido, el descubrir al otro y entrar en contacto con él, favorece reconocerse a sí e incorporar elementos que de suyo no podría conocer individualmente de manera aislada. El hombre es por tanto una *posibilidad trascendente* que se está haciendo lentamente gracias a su apertura natural: realidad abierta inacabada en vías de culminación.

Realidad abierta, experimentada como interioridad que se arroja hacia fuera, debe realizar no solamente el envío de su interioridad, sino la utilización de medios para poderla comunicar, surgen así signos que luego ha de codificar hasta constituir un lenguaje.

²⁵ SAHAGÚN Lucas, Juan, *Las dimensiones del hombre. Antropología filosófica*, Ed. Sígueme, Salamanca 1996, p. 31.

“Para el ser humano el mundo es doble, según su propia doble actitud ante el... es doble según la duplicidad de las palabras básicas que él puede pronunciar... no son palabras aisladas sino pares de palabras. Una palabra básica es el par YO-TÚ. La otra palabra básica es el YO-ELLO, donde sin cambiar la palabra básica, en lugar del ello pueden entrar las palabras él o ella. Por eso también el YO del ser humano es doble. Pues el YO-TÚ es distinto del de la palabra básica YO-ELLO”²⁶.

Con todo, el establecimiento de dicho código no sería posible sino después de reconocer al otro, al semejante, con quien es posible entablar una correspondencia, un diálogo, una dinámica de ir y venir del interior al interior. No es un juego vacío, sino una relación de intercambio donde los participantes se dinamizan creciendo en el fortalecimiento de las propias facultades, lo cual implica considerar una retroalimentación que encuentra como fin último el logro de la plenitud, o lo que es lo mismo, la constitución definitiva del propio ser de hombre acabado.

Históricamente han surgido corrientes de pensamiento a partir de la pregunta *¿quién es el otro?* Según el tipo de ideología de que se trate ha sido la respuesta. Incluso en muchas de ellas ni siquiera cabe la posibilidad de pensar en la existencia del otro. Es el tipo de corrientes en donde desaparece intencionadamente la presencia del otro para destacar como único valor la del yo. Estos pensamientos se circunscriben en los distintos tipos de individualismos egocentristas; o bien, disfrazados de altruistas, los sistemas de índole comunista o socialista, sobre todo de los dos últimos siglos.

²⁶ BUBER, Martín, *Yo y tú*. p.11.

Pareciera a veces que el hombre no repetiría los esquemas de pensamiento primitivos, sin embargo, la realidad supera las expectativas. El hombre en la época clásica tenía una visión distinta respecto de su propia realidad, aprobando situaciones de convivencia en donde con mucha posibilidad se desconocía o menospreciaba al individuo que se tenía enfrente. Todos los esclavismos o servilismos son resultado de centrar la atención o sobre valorar el yo por encima de aquellos seres “afines”, pero no iguales. Ha sido necesario ir avanzando lentamente a lo largo de toda la existencia del hombre para reconocer que el yo no lo es todo, que existe otros yo en torno a sí que de igual forma tienen la misma dignidad al estar constituidos exactamente del mismo modo.

2. La necesidad de relacionarse con el otro

Establecida la presencia del otro, debe reconocerse imperiosamente la necesidad de su existencia para el yo. Pero, ¿por qué es necesaria la relación del yo con el otro? Porque la presencia del otro favorece, en la dinámica de encuentro del yo-tú, reconocer la propia identidad del yo como diferente, auténtico, con capacidades propias, sentimientos, dudas, afectos, pensamientos, etc., que de manera aislada no podría descubrir²⁷. El hombre podría experimentar una soledad que puede ser metafísica y social. Metafísica en cuanto el racionalismo e idealismo imperantes le encierran en sí mismo sin poder darle certeza de la realidad del mundo y de los otros. Y soledad social

²⁷ “El sentimiento primario del hombre moderno consciente de su propia situación, es su radical soledad ”Cfr. BEORLEGUI, Carlos, *Lecturas de Antropología filosófica*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1988 p.221

en cuanto agudizada por la sociedad urbana y la sociedad industrial fuertemente competitiva.

Para que el yo pueda identificarse consigo mismo requiere como condición estar abierto al otro, es así como se realiza como persona. El hombre nace abierto a los demás. Cuando éste se cierra en sí mismo sin vivir como persona, sino como individuo, bloquea las posibilidades de su realización; sin embargo, cerrarse en el individualismo ya es una elección posterior. Con todo, la inteligencia abre a los demás, pues la razón y la palabra están orientadas al *dia-logos*, al logos compartido. La mayor parte de lo que es el hombre es lo que es con los otros: “las otras personas no limitan a la persona, la hacen ser y desarrollarse. Ella no existe sino hacia los otros, no se conoce sino por los otros, no se encuentra sino en los otros. La experiencia primitiva de la persona es la experiencia de la segunda persona. El tú, y en él el nosotros, preceden al yo.”²⁸.

La relación personal más intensa y auténtica es la de encuentro entre dos personas. Tal encuentro consiste en una experiencia personal radical en la que dos personas se hacen mutuamente presentes de modo significativo, acogiéndose mutuamente, y estableciéndose entre las dos una comunicación profunda.

La persona sólo se despliega, se realiza, explorando a partir de su mismidad, desde la toma de conciencia de lo que ha de ser, a lo que está

²⁸ Cfr. DOMÍNGUEZ, X. Manuel, *La revolución personalista y comunitaria en Mounier*, Ed.Fundación Emanuel Mounier, España, 2002, p.67

llamado, su vocación, y a ésta solo la encuentra, después de un proceso de interiorización.

3. El otro perfecciona

Una vez reconocida la necesidad de la presencia del otro ante el yo, ¿el otro puede ser causa de perfección del yo? Sí, debe aceptarse que es gracias a esa presencia por la que el sujeto cognoscente se perfecciona. Naturalmente se ha establecido que hablar de hombre es hablar del individuo en sociedad, no solamente en cuanto que en ella cada individuo encuentra los elementos que la misma le proporciona para cubrir las necesidades básicas y que de manera aislada nunca podría adquirir; también es gracias a esa dimensión social por la que el mismo individuo se va encontrando a sí mismo formando en un conjunto, una identidad propia.

Es ese encuentro del yo-tú realizado en un nosotros, lo que favorece no sólo la identificación del propio yo, sino a la vez, habiendo logrado la autoconciencia de sí, se ponen las bases para iniciar el proceso de una constante progresión hacia la perfección en una doble dimensión, a saber, individual y social.

En tanto que el hombre realiza una vuelta hacia su interior, alcanzando a establecer su propia situación existencial, es posible afirmar que ha habido ya un progreso sustancial con clara evidencia de perfección en la medida de ser cada vez más dueño de sí y, por tanto, de todos sus pensamientos y acciones²⁹.

²⁹ Cfr. DOMÍNGUEZ, X. Manuel, Op. Cit. p. 66

Lo que se busca es una mayor unidad del ser, un mayor crecimiento, desde *lo que yo soy en el fondo*. Recuperar el yo implica una toma de conciencia y una actitud en función de la propia vocación, pues es ésta última la identidad más profunda de la persona, lo que realmente es y está llamada a ser. No es un individualismo, ni los propios deseos e impulsos, es el núcleo de la persona, fuente de toda creatividad original, luz que orienta todo el camino de su vida de manera absolutamente personal, original e insustituible. La vocación es la unidad desde la que todo se unifica en la vida de cada uno; sin embargo, ella es presentida no es percibida, no es identidad abstracta ni para siempre, no es evidente ni innata: se va sugiriendo, descubriendo experimentando sin la certeza de conocerla definitivamente. Llamada silenciosa que orienta los actos y las intenciones, dando un lugar, un puesto, dentro del universo personal dando el sentido a la vida de cada persona, lo cual supone ya una toma de conciencia de sí.

No conviene al hombre encerrarse en sí mismo pues no podría afirmar la certeza de que hay otras personas a su alrededor y que éstas sean otro yo pensantes similares a él. Para darse cuenta de esto solamente puede ser mediante un razonamiento analógico a partir

En la dimensión social, en el yo-tú, en el nosotros, los sujetos actuantes se perfeccionan creciendo como personas. En el encuentro, cada persona quiere que la otra llegue a ser quien está llamada a ser, ofreciendo cada cuál su propia personalidad: cualidades, tiempo, ser etc., cada uno apoya e impulsa al

otro como persona, por lo que podemos afirmar la realidad de un “nosotros”, destacando así la dimensión comunitaria.³⁰

4. La persona, ser social

El hombre es un ser dinámico que experimenta una constante relación que va desde el centro *yo-yo* al *yo-tú*, lugar de encuentro donde se autoconoce. Buscando encontrar respuestas del medio en el que se encuentra, se da cuenta que no está solo, pues hay seres distintos a él y un medio en el que se desenvuelve constantemente, por eso se debe decir que él ser se mueve en un intercambio de relaciones, ya sean personales o impersonales. Es preciso decir que en éste apartado veremos cuál es el papel que la persona lleva a cabo en una sociedad de la que es partícipe y actor. Pero vale la pena hacer una pregunta, ¿Para ser persona, es necesario ser en sociedad?

El hombre vive en el mundo; su autorrealización está referida a ese su mundo. Sólo se realiza a sí mismo cuando interactúa con el otro y, más específicamente, con los otros. Lo otro del hombre es primariamente el otro: el semejante que nos sale al encuentro como un ser espiritual-personal de idéntica especie y valor, nos habla, se nos abre y nos incita a creer, querer y amar³¹. El hombre solo se convierte en hombre cuando se encuentra entre otros hombres³², así llega a su pleno desarrollo espiritual y personal dentro de una comunidad humana. Es ahí donde aprende, interpreta y se ejercita en la

³⁰ Cfr. DOMÍNGUEZ, X. Manuel, Op. Cit. p.67-68

³¹ Cfr. CORETH, E., *¿Qué es el hombre?* Ed. Herder, Barcelona, 1991 p.219

³² Cfr. *Ibíd*, p.220

libertad, en el desarrollo de la inteligencia y en la expresión del amor, propio de la voluntad.

También en sociedad asimila elementos que le van enriqueciendo y constituyendo culturalmente, a la vez que va formando un pensamiento que necesariamente expresará cuando ha aprendido un lenguaje para comunicarse. En sociedad adquiere igualmente una forma de interrelacionarse consigo mismo, los otros y el cosmos, siendo el ser humano el único capaz de hacer con su inteligente obrar, conciencia de los acontecimientos, por tanto, de hacer historia, la que nunca es sólo de un individuo, sino de toda una comunidad³³.

A la convivencia y colaboración en el conjunto de relaciones yo-tú, el *nosotros*, es llamada comunidad o sociedad. La realización de la persona en comunidad está basada en la dualidad yo-tú originando una serie de disposiciones éticas que hacen posible la relación entre personas, como el derecho, la moral, la religión, etc., en virtud de la adquisición del bien común, en el entendido de que el bien común tiene como principio el bien de la persona como individuo.

Los riesgos, según la concepción de hombre que se tenga y de la percepción de la misma idea de bien común, en la historia de las relaciones sociales son, a

³³ Variadas interpretaciones han surgido respecto al acontecer histórico, desde entender a la historia como el devenir del único espíritu capaz de evolucionar hasta alcanzar la plenitud en el desarrollo último del hombre (dialéctica hegeliana); o las teorías que señalan la solidaridad del hombre para con la totalidad, en la que cada individuo ha de aportar algo con su ingenio y actividad a favor de ese todo, la sociedad, hasta que ésta alcance la superación total de los estadios anteriores: teológico y metafísico que le lleven a disfrutar del positivo, enmarcado por la satisfacción de todas las necesidades de cada individuo. En ese sentido, no importa la muerte, lo importante está en que la eternidad se adquiere en la conservación del nombre en la memoria colectiva por la influencia de las obras y los pensamientos que pudieron incidir de un modo u otro en la comunidad, principalmente beneficiándola en la adquisición del ansiado progreso (positivismo de Augusto Comte). También se pueden señalar las teorías evolucionistas en las que se destaca la lucha y prevalencia de los más fuertes sobre los más débiles, buscando como consecuencia la instauración del superhombre.

saber, el individualismo y el comunitarismo o socialismo. El individualismo, por su parte, centra el pensamiento y la realización del hombre sólo en el individuo, permitiendo suponer que en torno a él gira todo el universo. Esta idea ha dado origen a una degradación de la persona desde el punto de vista moral y social, principalmente resultado de las ideologías liberales, economicistas y burguesas, principalmente de la época contemporánea. En el individualismo los otros son vistos como medios³⁴ para la propia realización de quien los objetiva, o bien, son el obstáculo que impide tal realización. Sartre opinaba, por ejemplo, que el otro es el infierno sino permite lograr el fin. Por consiguiente, el individualismo destruye los ideales comunes: “coexiste pero no convive”³⁵.

El individualismo tiene como consecuencia una multitud de individuos dóciles, sin criterio propio, conformistas, clientistas, consumidores, espectadores, especuladores, etc., incapaces de ser activos responsables de su propio devenir histórico inmerso en la soledad social. Son de convicciones paternalistas y en cierto modo se consideran apolíticos. Al ser pasivos, el individualista no intenta comprender, pues otros ya han explicado por él: marketing, partidos políticos, gobernantes, líderes, sectas, etc. Tampoco actúa, habrá otros que lo hagan por él; sólo se permite actuar en “libertad” para realizar sus compras y elegir sus marcas o canales de televisión o radio. Debe

³⁴ Uno de los filósofos, que sin ser de orientación católica, contribuyó en la definición del concepto de persona, es Kant, cuando establece la máxima ética de “nunca ver al otro como un medio, sino como un fin en sí mismo”. Esto es, nunca pretender hacer del otro un objeto, sino asimilarlo como es, un sujeto parecido al yo que le descubre en su autonomía e identidad en un proceso similar de adquisición de perfecciones. Tenerlo como objeto para la propia realización del yo es tener al tú como cosa que se ha de poseer para adquirir la propia perfección a costa suya, lo cual es permitir ya la degradación de su natural dignidad de persona.

³⁵ DOMÍNGUEZ, X. Manuel, Op. Cit., p.32

creer que existen grandes causas e ideologías pero no hay necesidad de saber en qué consisten³⁶.

“El hombre del individualismo es aquél que ha perdido el amor; es el cristiano sin inquietud, incrédulo sin pasión, hace tambalear el universo de las virtudes en su loca carrera hacia el infinito, alrededor de un pequeño sistema de tranquilidad psicológica y social: dicha, salud, sentido común, equilibrio, placer de vivir, confort³⁷”.

Las otras desviaciones son el comunitarismo y el socialismo, formas ideológicas y estructuras sociales que ponen como fundamento la sociedad, en detrimento en todos los casos de la identidad y dignidad del individuo. En ellas se ha sacrificado el ser de la persona privilegiando el supuesto bien de la colectividad, llevando a desconocer incluso los elementos más esenciales del ser humano: libertad, voluntad e intelecto. El hombre debe actuar conforme el colectivo lo indique, evitándole así ejercitar y desarrollar sus facultades. No puede pensar ni querer otra cosa no indicada por las instituciones derivadas del estado, “tutor” o depositario de la potestad, intereses y derechos de los asociados. Realmente esta estructura social e ideológica no es otra cosa que una forma más de individualismo disfrazada de social.

Ejemplos de individualismo socialista son los diferentes nacionalismos, fascismos, comunismos marxista o chino, etc., donde se ha llegado a sacrificar

³⁶ La atención orientada hacia el hombre singular no disuelve, ...en sí mismas las comunidades sociales; pero ...toda descomposición de estas comunidades se establece sobre un hundimiento del ideal personal propuesto a cada uno de los miembros. El individualismo es una decadencia del individuo antes de ser un aislamiento del individuo; ha aislado a los hombres en la medida en que los ha envilecido. MOUNIER, Emmanuel, *El personalismo* ED. Sígueme, Salamanca, 2002, p.376

³⁷ Ibid. p.377

a los individuos bajo la consideración de necesidad a favor de la colectividad³⁸. En éstos casos la sociedad y la adquisición de los mayores beneficios “generales”, han favorecido la abstracción del concepto y la realidad del ser persona, pues los derechos y deberes emanados de la misma naturaleza humana son desconocidos y sacrificados por el progreso de la colectividad: eficacia, ahorro, desarrollo tecnológico, tecnología espacial, etc., aunque en realidad el individuo común, operario en los campos o en las industrias, permanezca en la más paupérrima de las situaciones de vida.

³⁸ Ibid. pp.384-405

III. “EL SER CON LAS COSAS”

¿Cómo se relaciona el hombre con las cosas?

En los capítulos anteriores se ha intentado ubicar la realidad del hombre en su dimensión ontológica, por lo que se debió tratar su ser en cuanto existente intentando descubrir cómo está constituido, su esencia, sus accidentes, sus potencialidades y, por tanto, sus posibilidades de realización y cuál debería ser ésta, su fin último. En ese sentido, el hombre se presenta como el único ser con posibilidad de autoafirmación; pero no de manera aislada e individual, sino en compañía de otro que le es semejante en todo conservando ambos una propia identidad.

Ahora, dando un paso más, conviene destacar que en esa dinámica de reconocimiento del hombre, no puede prescindirse de una segunda relación esencial en el proceso de autoafirmación: el reconocimiento de la presencia y necesaria convivencia con lo que le es diferente y a la vez necesario, el cosmos, lo que se conoce como relación del *yo-ello*. En este sentido se ha de estudiar cuál es la relación del *yo* con el *ello* en cuanto que éste puede ser un medio de realización, aunque también puede ser tornado como un obstáculo. Por otro lado, en la dimensión de relación con el *ello* como medio, ha de tratarse la necesidad que hay de que el hombre domine, o mejor aún, transforme a favor suyo el universo, actitud humana que lleva al hombre a desarrollarse poniendo en juego su potencialidad creativa, lo cual implica la realización de un trabajo, acción que de suyo, y en consonancia con la sociedad, propicia ciertas formas de conducta y de labor que expresa externamente el interior del hombre descubriéndole hasta lo más sensible: la cultura.

1. Las cosas como medio

El hombre, una vez aceptada su dimensión de persona como quien realiza una doble experiencia de relación *ad intra* y *ad extra*, donde descubre la realidad de otro como idéntico a él, en quien encuentra la capacidad de favorecer una respuesta apropiada para el buen desarrollo de ambas partes interactuantes (camino por el que también es posible llegar al conocimiento de Dios), debe establecer una tercera relación con todo lo que le rodea, lo comúnmente llamado “cosmos”, al que ha de saber asimilar a favor suyo y con el que ha de mantener una relación distinta a la consideración del *yo-tú*, conocida ahora como relación del yo con el ello: el *yo-ello*.

En ese contexto, entre las interrogantes del hombre siempre ha surgido la pregunta ¿cuál ha de ser la relación del hombre con las cosas? ¿Quién tiene la primacía, el hombre o la cosa? Las cosas ¿tienen o deben tener un valor para el hombre, o sólo están ahí para ser utilizadas sin importar su propia naturaleza?

En todos los tiempos el hombre se ha relacionado con su entorno, a veces se ha dejado dominar por él o bien, ha intentado un cada vez mayor dominio sobre la naturaleza. En ambos casos debe hacerse alguna observación, a fin de ir entendiendo mejor cuál es la relación entre hombre y cosmos.

En el ser humano conviven dos realidades implicadas formando una sola de naturaleza específica. El hombre descubre que en sí mismo hay algo que le hace ser lo que es sin confusión, pero a la vez se percata de que hay algo que

le da propiamente una identidad como persona. Por un lado se percibe como un ser corpóreo, pero que ese cuerpo no sostiene su principio de identidad precisamente por el cuerpo, pues este puede fallar, cambiar o mutilarse, y no por ello dejar de ser el mismo individuo. Percibe que hay algo más, algo que está en su interior con capacidad no sólo de autodeterminarse, sino de contener incluso el universo que le rodea, en el que el cuerpo es solamente una prolongación de tal interior y la posibilidad abierta para prolongarse hasta alcanzar todo el cosmos hasta poseerlo.

Es en esta doble dimensión es donde se descubre al hombre como capaz de relacionarse no sólo consigo mismo, sino con su exterior, a la vez que se descubre como posibilitado para poseerse a sí y poseer el universo³⁹. Es en esa dinámica donde se descubre la relación necesaria entre hombre y cosmos, pues dada la realidad, no pueden ser aislados el uno de lo otro, el *yo* del *ello*. Sin embargo, se debe decir que la relación establecida entre ambos, siendo una sola, es distinta, pues la intencionalidad (factor significativo que habla de la conciencia) es un elemento importante para establecer que a diferencia de las cosas, el hombre es capaz de tender hacia ellas para tenerlas naturalmente. Esta implicación es así gracias a las facultades internas del hombre como ser con inteligencia, voluntad y libertad, posibilitado para tender hacia lo que le es su objeto propio y perfeccionante.

³⁹ Poseer es necesario para el ser humano a fin de afianzar su conducta solidaria en el mundo gracias al apoyo de ciertos bienes que sólo encuentra en la naturaleza, convirtiendo la propiedad en posesión. “Sólo se posee lo que se acoge, no por conquista: “El fundamento de la propiedad es inseparable de la consideración de su uso, es decir, de su posesión” (E. Mounier)”. DIAZ, C., *Vocabulario de Ética Social*, UPM, México, 1996. p168.

Como en el hombre conviven dos realidades, una espiritual⁴⁰ (facultades del alma) y la otra corpórea, también se deben distinguir modos de relaciones entre el hombre y las cosas. Por un lado está la relación y subsiguiente posesión de los objetos en el orden físico, y por el otro está la posesión desde el orden de la facultad intelectual. Es una intelección del existir humano desde sí mismo, pues el hombre buscando las razones de ser de todo lo que es, utilizando esta facultad, es capaz de contener cada uno de los datos que le arroja la experiencia favorecida por los sentidos propios del cuerpo organizado por la misma facultad intelectual. Hay un proceso reflexivo que interpreta y entiende los datos arrojados por las facultades corpóreas. Es así como se puede afirmar que el cuerpo es prácticamente una prolongación de las facultades del alma, pues sin el cuerpo el alma no podría entrar en contacto con lo realmente existente.

De lo anterior también se desprende el modo de responder y actuar del hombre ante las cosas, poniendo en juego otra facultad del alma⁴¹: la voluntad, pues una vez reconocida la *verdad* (y por tanto la perfección) de una cosa, la voluntad tiende a ella percibiéndola como un *bien* que le ha de perfeccionar una vez que la posea. El ser espiritual le permite poseer el mundo de un modo particular elevando a la dignidad de objetos a aquellas cosas que le circundan, pues puede aprender la misma forma particular de ser de dichos objetos sin que por ello se vea alterada su corporeidad.

⁴⁰ Ser espíritu es lo mismo que decir persona, centro activo que se manifiesta dentro de la esfera del ser finito. Cfr. BEORLEGUI, Carlos, *Lecturas de Antropología Filosófica*, Desclee de Brouwer p.54

⁴¹ Se dice que el espíritu no solo es una función de conocer sino también independencia, libertad o autonomía existencial frente a la presión que ejerce su exterior, por tanto ya no está vinculado completamente a sus impulsos y el mundo, sino que es libre y abierto.

“El espíritu es objetividad; es la posibilidad de ser determinado por la manera de ser de los objetos mismos... es sujeto o portador de espíritu aquel ser, cuyo trato con la realidad exterior se ha invertido dinámicamente opuesto al del animal.”⁴²

El que sea un espíritu abierto permite al hombre ser una naturaleza susceptible de expansión ilimitada (cosas existentes). En ésta posibilidad se enmarca una aprehensión objetiva, siendo la objetividad “la categoría más formal del lado lógico del espíritu”⁴³. El acto espiritual permite el recogimiento en sí mismo, una conciencia de ser el centro de los actos espirituales: conciencia de sí. En éste sentido es posible afirmar que el hombre se posee a sí mismo, es dueño de sí (Leibniz). “El recogimiento, la conciencia de sí y la facultad y posibilidad de convertir en objeto la primitiva resistencia al impulso, forman una sola estructura del hombre”⁴⁴.

Una vez reconocida la relación necesaria con lo otro como una prolongación del hombre mismo, no se debe dejar sin resaltar el derecho intrínseco al hombre de poseer aquello que le es propio para alcanzar su realización. Aparece así la *propiedad* como otra característica esencial en el ser del hombre, de donde se derivarán una serie de condiciones sociales que favorezcan lo que no es accidental, cuestión de ideología o democracia⁴⁵. La propiedad conlleva en toda sociedad a la experiencia de la organización social

⁴² Ibid, p.55

⁴³ Ibid, p.56

⁴⁴ Ibidem

⁴⁵ “ El supremo y principal objetivo que empuja a los hombres a unirse en comunidades políticas y a someterse a un gobierno es la conservación de su propiedad, el goce de sus propiedades en paz y seguridad” (John Locke, *Of Civil Government*, Cit. en DÍAZ, Carlos, *Vocabulario de Ética Social*, Universidad Pontificia de México, México 1996, p. 164

y, por tanto, al surgimiento de toda política⁴⁶. Consecuencia del respeto a ese derecho, es el que todo hombre debe tener un trabajo, la libertad y las condiciones óptimas para ejercerlo.

2. El hombre y el trabajo

Entendiendo mejor la relación *yo-ello*, siendo el ello medio de perfección del hombre, debe decirse algo sobre el debatido problema del trabajo, también visto como realidad inmersa en el cosmos en cuanto es por esta acción como el hombre va poseyendo al universo transformándolo. Por ello, conviene ahora preguntarse ¿cuál es y cuál debe ser la relación del hombre con el trabajo? ¿Quién hace más digno, el hombre al trabajo o el trabajo al hombre?

El debate se torna interesante desde el momento en que en la historia del hombre se ha visualizado el trabajo como una carga que subyuga a la persona, lo cual tiene sentido cuando el individuo ha experimentado la necesidad de mantenerse en vida viéndose obligado a transformar la naturaleza para alimentarse y servirse de ella. Desde el hombre de las cavernas ha sido necesario establecer una lucha entre él y el medio, como lo demuestran las diferentes grutas donde es posible apreciar en las pinturas rupestres el enfrentamiento aguerrido contra el ecosistema a fin de obtener el alimento necesario para su familia y él mismo. Las mismas cuevas son un ejemplo permanente de esa necesidad de dominio, pues no era posible su subsistencia

⁴⁶ Otra implicación conexas al hablar del tema de la propiedad como derecho intrínseco al hombre y su dimensión social, es la justicia, pues todo hombre tiene derecho a poseer y a conservar su posesión, no sólo en lo referente a las cosas materiales, sino también en lo que se refiere a los principios esenciales de su ser hombre: libertad, amor, educación, seguridad, salud, etc.

como el resto de los animales, viviendo a la intemperie; así, necesitando dónde protegerse, debe labrar la roca y luego construir lo que sería su hogar.

De la misma manera para subsistir, fue desarrollando instrumentos cada vez más sofisticados para la cacería mientras era nómada; cuando empieza a establecerse en lugares con mejores condiciones ecológicas, comienza también a desarrollar una incipiente tecnología favorable para labrar la tierra y dominarla obteniendo de ella el alimento.

Como puede verse, esa primaria relación no es satisfactoria pues requiere un esfuerzo intenso del que se obtendrán bienes limitados. Si pensamos que éste contacto entre el hombre y la naturaleza es de dominio y temor, es lógico suponer la existencia de una experiencia desagradable para el hombre.

Pero no solamente debe tenerse ésta apreciación como la única experiencia del hombre frente al cosmos, sino también debe decirse la existencia de otra forma de concebir dicha relación⁴⁷, pues si bien es cierto que el hombre debe emplearse con esfuerzo y dedicación en la relación con la naturaleza para obtener de ella sus bienes, esa relación no necesariamente debe ser de conquista en la que ha de prevalecer el triunfador, más bien de interacción, donde ambos resulten beneficiados, sin olvidar que el único en experimentar tal beneficio es el hombre, por lo que aunque la naturaleza alcance su plenitud

⁴⁷ “Del trabajo de tus manos comerás, ¡dichoso tú, que todo te irá bien!” *Sal 128*. “Todo trabajo produce abundancia, la charlatanería sólo indigencia”. *Pr 14, 23*. “El que es perezoso en el trabajo, es hermano del que destruye” *Pr 18, 9*. “El deseo del perezoso le lleva a la muerte, porque sus manos rehúsan el trabajo. Todo el día está el malo codicioso; pero el justo da sin rehusar jamás” *Pr 21, 15-26*. “No rehúyas el trabajo penoso, ni la labor del campo que creó el Altísimo. No te incluyas en el grupo de los pecadores” *Sal 7, 15*. “con perezoso sobre cualquier trabajo, con temporero sobre el término de una obra, con siervo ocioso sobre un trabajo grande: no cuentes con éstos para ningún consejo. *Si 37,11*.”

siendo lo que es, sin darse cuenta, aquél sabe o se da cuenta que efectivamente está alcanzando su plenitud⁴⁸. Por tal motivo puede decirse que el cosmos alcanzará ser pleno mientras que el hombre lo sea⁴⁹.

Ésta segunda concepción es más liberadora, pues ya no mira al hombre como un esclavo del trabajo; por el contrario, el trabajo se muestra como la posibilidad que tiene el hombre para expresar su ser interior construyendo⁵⁰, lo cual refleja su capacidad creadora a semejanza de Quien le ha creado⁵¹. Si esa actividad del hombre llamada trabajo no existiera, tampoco existiría la posibilidad creativa del hombre, ni mucho menos la posibilidad de su plenificación propia.

Después de entender al trabajo como medio de proyección del interior y posibilidad de realización individual, debe destacarse también su dimensión indisolublemente social, ya que es precisamente en este ámbito donde

⁴⁸ El trabajo no es sólo la actividad y el movimiento fatigosos mediante los cuales el hombre satisface sus necesidades, sino que es también su resultado: la organización, transformación y continuación del medio natural en el que el hombre vive; en definitiva, la mejora del mundo". YEPES, S. Ricardo. *Fundamentos de Antropología*, España, 1999, p. 247.

⁴⁹ "El hombre ama el trabajo cuando siente pasión por crear y poseer lo creado. Por el contrario, no lo puede amar cuando es sólo fatiga física, esfuerzo, mercancía entregada a cambio de un salario. Cuando el hombre no puede trabajar y llevar a cabo su obra, no alcanza su plenitud. Esto es reducirle al "paro antropológico", a ser una piedra, o un parásito que vive de subsidios o herencias. Esto no es aceptable y por eso trabajar es un derecho: es el cauce del desarrollo y la creatividad humanas. Y es que el hombre necesita algo más que subsistir: necesita perfeccionarse, y perfeccionar el mundo y la sociedad y eso se logra trabajando". YEPES, S. Ricardo, Op. Cit. p. 248.

⁵⁰ "conviene destacar lo que se conoce como sentido o rendimiento subjetivo del trabajo"(J. Choza), esto es, aquel que se en cuanto que el hombre disfruta y se perfecciona poseyendo el fruto de su tarea. La razón ya la dijo Aristóteles: *la obra es en cierto modo, el hacedor en acto (Ética a Nicómaco)*, es decir, el hombre ama su obra porque ama el ser, y su obra es una prolongación de su propio ser". YEPES, S. Ricardo, Op. Cit. p. 247.

⁵¹ Tan importante es el tema del trabajo, no como una condena, sino como la acción por la cual el hombre ha de recuperar su condición originaria querida por Dios. Del mismo modo, no puede ser algo condenatorio, pues Dios mismo debió trabajar cuando creó el Universo y en él al hombre, como indica el Génesis, ya que se dice también que Él mismo descansó al séptimo día.

encuentra su lugar preferencial de desenvolvimiento⁵². Durante la historia del hombre se han marcado las relaciones sociales precisamente por la relación que cada individuo ha tenido con el trabajo, pasando desde la consideración del trabajo como condena o como actividad denigrante exclusiva para quienes eran esclavos o siervos, mientras que para otros debería ser algo indigno impropio de gente “culto”. Esta visión va cambiando hasta que se ubica el trabajo como expresión de cultura o formación individual, estratificando los diversos tipos de trabajo según la preparación de cada uno: no todos están capacitados para ejercer todo tipo de trabajo, significando a la vez la posibilidad de un mejor lugar en la sociedad aquel que posea una actividad más especializada que permita mejores condiciones de vida. Paradójicamente la especialización en el trabajo ha desencadenado también relaciones sociales distintas, consumadas en los diferentes sistemas sociales en donde el hombre se ha convertido desde un explotador utilitarista hasta una simple herramienta de uso para alcanzar cada vez mayores utilidades.

La concepción del sistema social conlleva necesariamente a diversos planteamientos económicos en los que se ha corrido el riesgo de perder al hombre en cuanto su dignidad, más que afirmarlo en su identidad como persona. Ejemplos de ello son el Marxismo, el Comunismo Ruso o Chino, donde se pierde la persona en cuanto a la posibilidad de ejercer su inventiva, su creatividad e iniciativa; mientras que por otro lado está el Pragmatismo,

⁵² “Cuando el hombre descubrió que podía realizar las ventajas de la cooperación sometiendo a otros hombres en lugar de asociándoles siendo en él aún potentes los instintos animales, obligó a los más débiles a trabajar para él prefiriendo la dominación a la asociación. Así pues la cooperación, que debía llevar al triunfo de la solidaridad en todas las relaciones humanas, tórnese propiedad individual y gobierno, esto es, explotación del trabajo de todos en provecho de una minoría”. MALATESTA Errico, Cit. en DÍAZ, C. Op. Cit. p. 164

Utilitarismo, el Capitalismo o los diversos Liberalismos, donde igualmente se pierde la dignidad del hombre al verse solamente como una mercancía⁵³.

En todos los casos se debe revisar dónde queda el hombre, si como una mera mercancía o instrumento de trabajo, o bien, si realmente se le está concediendo la primacía como ser en proceso de crecimiento y autoafirmación mediante el ejercicio de sus facultades naturalmente transformadoras, orientadas a la adquisición de una cada vez mayor perfección, conquistando para sí lo que le es necesario en un ambiente de dignificación constante.

3. El hombre, creador de cultura

Mientras el hombre, como ya se ha visto, naturalmente se desenvuelva como ser social, seguirá produciendo expresiones que hablan de su interior, interior enriquecido con la doble vuelta del ir hacia dentro y hacia fuera en un constante flujo cíclico de intercambio con el tú y el ello. Ese movimiento de ir y venir enmarca la expresión del interior que se manifiesta devolviendo hacia fuera lo que ha “*aprendido*”, lo que ha hecho suyo y que a la vez no le pertenece, favoreciendo así el enriquecimiento de aquellos que le rodean. Por eso, bajo esta dinámica, debe preguntarse ¿el hombre es capaz de hacer cultura o actúa instintivamente? Si es capaz de cultura ¿cómo se manifiesta esa capacidad?

⁵³ “el trabajo humano multiplica los recursos, el que trabaja es capaz de producir más bienes de los que necesita para sí. Eso genera el intercambio y la división del trabajo. La persona, al mismo tiempo que convive con la escasez, lo hace con la riqueza que proporciona su carácter inteligente. El hombre es el gran causante de problemas, pero también el solucionador de ellos. Mientras que existan hombres, y a más que existan mejor, las oportunidades de crecimiento y de producción serán mayores”. YEPES, S. Ricardo, Op. Cit. p. 263.

La expresión cultura apunta a la acción de cultivar mediante la cual el hombre se ocupa de sí mismo, a fin de no quedar en el estado natural o primitivo. Es la apropiación de sí mismo, poseerse y poseer el entorno transformándolo, no sólo para adquirir de ello un bien propio, sino participando de sí, de su interior más sublime, recreando y embelleciendo el mundo que le rodea.

Atendiendo a la raíz de Cultura: *colere*, cultivar, en el sentido primario de cuidar y perfeccionar las aptitudes humanas más allá del estado natural, debe entenderse como el cultivo del espíritu; pero como se ha indicado en el primer apartado de éste capítulo, el cosmos es la prolongación material del espíritu, por lo que puede decirse que la cultura es aquello que el hombre añade a la naturaleza, tanto en sí mismo, como en los otros objetos. Por eso puede decirse en cierto modo que cultura es la suma de bienes adquiridos por el hombre y la forma de relacionarse con ellos. Si naturaleza es lo innato en el hombre y lo que hay fuera de él sin su intervención, cultura implica todo aquello que debe su origen a la intervención consciente y libre de quien posee esas facultades, el hombre; con todo, no se pueden dar aisladamente cultura y naturaleza por separado, pues encuentran ambas su origen y su fin en uno mismo. La naturaleza está a la base como necesario punto innato de arranque desde donde luego la cultura se irá perfeccionando; mientras que la cultura encuentra su fin en el perfeccionamiento de la naturaleza del hombre, donde encuentra “naturalmente” su límite y culmen, de ahí que se diga que todo despliegue cultural orientado en contra de la esencia del hombre no es verdadera cultura, sino seudocultura.

Habiendo indicado también la dimensión social del hombre en el segundo capítulo y la relación con el cosmos, deben destacarse dos ámbitos de la cultura: *personal* (lengua, vida social, ciencia, moralidad, religión, etc.), y *real* (técnica y arte)⁵⁴. La cultura surge de la participación de muchos en la sociedad, pero a la vez es producida por cada uno de los individuos que la integran como respuesta a la relación de su interior con el cosmos.

⁵⁴ Cultura en sentido exterior o material (real), recibe el nombre de civilización, de la que se dice sirve de base para formar la cultura interior (personal); sin embargo, no es verdadera cultura sino semicultura, en ocasiones opuesta a la verdadera cultura. Cfr. Brugger Walter, *Diccionario de Filosofía*, Herder, España, 1988, p. 150.

IV. “EL SER CON DIOS”

¿Cómo se relaciona el hombre con Dios?

Después de haber abordado al hombre en su realidad existencial como ser que se reconoce a sí mismo, a la vez de reconocerse en relación con su entorno donde descubre la presencia del otro que le es semejante y de lo otro con lo que encuentra una gran diferencia, pero en ambos complementariedad, se descubre también que en la misma inmanencia del hombre existe un sentido de trascendencia que no se agota solamente al salir de sí mismo, sino que hay algo más profundo, que no puede ver ni sentir, pero que condiciona su existencia en todos los ámbitos de su ser y quehacer: es el Trascendente, y lo llamamos Dios.

En éste capítulo hemos de intentar conocer el origen de ese sentimiento y experiencia del hombre en cuanto orientado a una realidad que le supera pero que está ahí⁵⁵. En el segundo capítulo se consideró la relación del yo con el tú, teniendo a éste como su semejante y con autonomía propia, con quien se identificaba en cuanto que ambos buscaban un mismo bien, por lo que era necesario plantear la asociación para alcanzarlo. Sin embargo ahora surge un

⁵⁵ Todos los pensadores se ha preocupado en responder a la pregunta sobre la existencia de Dios, o por lo menos, para saber cómo es Dios. No es lo mismo dudar de la existencia que preguntarse por ella, pues la pregunta en sí misma abre a la respuesta como un preconocimiento de algo que se quiere conocer más. Ejemplo de ello es San Anselmo de Aosta o Santo Tomás de Aquino, quienes intentaron poner los elementos que pudieran hacer más viable el camino que lleva a dicho conocimiento: las pruebas por las diferentes vías por ellos propuestos. Cfr. REALLE Giovanni, *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Herder, España, 2001, 431, 488.

nuevo tipo de relación pero ya no del orden yo-tú, ni mucho menos del yo-ello, sino una planteada en el orden *yo-Tú*⁵⁶.

En esa nueva relación ha de destacarse la posibilidad del encuentro del hombre con Dios, a la vez de destacar que la plenitud del hombre solamente es posible cuando se encuentra frente a su creador mediante una relación de fe y amor, descubriendo en su creador el origen y el fin de su existencia.

1. Relación hombre-Dios (fe y amor)

Naturalmente el hombre se descubre como un ser en cierto modo autónomo, inteligente, con capacidad de ejercer su voluntad con libertad; pero también se sabe necesitado de seguridad y garantías para poder ejercer sus facultades. Primariamente no sabe pero va descubriendo que debe existir alguien que necesariamente dé explicación y sentido al acontecer ordinario y que dirija con orden el mundo que le rodea⁵⁷.

Los primeros grupos humanos se percataron de esa necesidad y la proyectaron a través de los diversos fenómenos naturales, dándole a cada uno de ellos un poder y una influencia en los acontecimientos más comunes. En

⁵⁶ “Con Dios trabajamos en la alteridad, alterificándonos, ganándonos en el prójimo, otreizándonos. Esto sólo tiene sentido religioso en su referencia al Rostro de Dios. Nadie puede amar al Dios de rostro invisible, sino ama al rostros visible de los desamparados, que son el rastro de Dios”. DÍAZ Carlos *El libro de valores personalistas comunitarios*, Ed. Mounier, España, 2000, p.73

⁵⁷ “Sin necesidad de una demostración elaborada de modo preciso, se da un conocimiento natural espontáneo de la existencia de Dios, como lo prueba la experiencia continua universal. Hay en el hombre una especie de espontánea deducción, o la que logra descubrir de manera consciente, en la impresionante majestuosidad de la creación, que él se encuentra a sí mismo elevado a la idea de un Ser Trascendente, al que solamente puede atribuirse la autoría de dicha creación.”GONZÁLEZ, Ángel Luis, *Teología Natural*, EUNSA, Pamplona, 1995, p 25.

casi todas las épocas las deidades pasaron de animistas a antropomorfas⁵⁸, teniendo en común el distanciamiento respecto del hombre y el consecuente miedo en él provocado⁵⁹. Por tal motivo, la relación supuesta del hombre con Dios no era sino de pagar tributo mediante sacrificios o la conformada resignación, a fin de evitar el desencadenamiento de consecuencias catastróficas sobre la población.

Sin embargo, la concepción miedosa fue mitigada lentamente hasta cambiar la idea y sentimiento de tributo-miedo ante la ignorancia, por el del conocimiento de un Dios ya no lejano ni desentendido, sino cercano, cognoscible, a Quien se podía acceder con confianza por ser en sí mismo amor. Este fue el logro a partir de que el mismo Dios se hizo presente a través de un pueblo a quien se le manifestó abiertamente para ser conocido evidenciando su realidad divina, pueblo al que solamente le pide se comprometa a vivir con la lealtad.

Este es el avance en la concepción de la deidad y consecuentemente del hombre⁶⁰. Dios se manifiesta primero a los que le pertenecen preparándoles lentamente y con sacrificio para luego descubrirse definitivamente. Este proceso es un camino lento de clarificación del conocimiento del hombre

⁵⁸ “ Es preciso evitar caer en fáciles reduccionismos: lemas común sería reducir el deseo de Dios a necesidad de Dios, donde la representación antropomórfica convierte a Dios en un ídolo que satisface nuestras pretensiones; sin embargo, Dios no es la respuesta simple y engañosa a nuestras necesidades, porque Él se sitúa en el ámbito del más que lo necesario. El deseo originario se esfuerza en realizarse plenamente en el deseo de Dios, de modo que no se busca a Dios solamente para conocerlo, sin para unirse a Él a través del obrar todo entero del hombre; obrar que engloba la dimensión intelectual y que se encamina en la búsqueda de Dios#”. ARANGUREN, Luis A. *El reto de ser persona*, La BAC, Madrid, 2000, p. 299-301.

⁵⁹ Cfr. VELEZ Correa, J., S.J. *El encuentro con Dios*, Vol. I, CELAM, México 1990, p.109-117.

⁶⁰ “Una parte de la humanidad experimenta la necesidad de que Dios exista... movida por la finitud del hombre o despertada por iniciativa de Dios mismo. Otras instaladas en la finitud afirman no necesitar de Dios para nada. Ahora bien, si la necesidad de Dios no es inventada por el hombre, es porque Dios mismo se abre camino en el corazón humano...Él toma la iniciativa”DÍAZ, Carlos, *El libro de los valores personalistas comunitarios*, Ed. Mounier España, 2000 p.77

respecto a su relación con Dios. Ya no se trata de concebir a muchos dioses, sino saber que existe solamente uno; tampoco se trata de tenerle como ajeno a la suerte del hombre, sino que sabiendo ya de Su unicidad, es más comprensible su interés por lo que al género humano le acontezca⁶¹. Se muestra como un Ser supremo preocupado por el destino del hombre, haciéndose cada vez más presente en los diferentes momentos históricos y de trascendencia del pueblo. Esta dinámica lleva al punto en que ya no sólo es un Dios distante, sino que además, Él mismo se compromete solidarizándose con la condición del género humano hasta llevarle a su fin⁶².

Solamente podía ser Dios quien revelándose indicara el verdadero camino al hombre⁶³, pues éste por sus solas fuerzas no tenía la posibilidad de conocer todo lo que aún revelado, sigue siendo un misterio. Lo importante es que luego de ser tenido por ajeno, al revelarse se manifiesta como un Dios de amor⁶⁴, ya no propiamente como un Dios de guerra, dolor o sufrimiento, incapaz de compasión ante la inquietud del hombre.

⁶¹ Según algunos pensadores Dios es solamente el resultado de una idea concebida en la mente del hombre, por tanto, es una proyección de sí mismo, consecuentemente, Dios no existe. En éste sentido, las diversas religiones son solamente un “vampiro” para la humanidad, alimentándose de su sustancia, su carne y su sangre. Cfr. LUBAC, Henry, de, *El drama del humanismo ateo*, Ed. Encuentro, Madrid, 1990 p.24

⁶² El libro del Génesis narra cómo ha sido el proceso de acercamiento de Dios con el hombre solidarizándose con él desde el primer momento, teniéndole presente como existente en “Su mente divina”. Se dice por eso que cuando Dios crea, crea pensando en el hombre, pues todo lo creado fue puesto a sus pies para continuar el proceso creador ordenando el cosmos y procreando a la especie. Este quehacer debería significar la posibilidad de alcanzar la plenitud de lo creado.

El mismo libro, el éxodo y toda la Escritura Antigua narran ese proceso por el que se autodescubre lentamente un Dios que quiere ser cercano al hombre.

⁶³ En el camino de la historia del hombre, como se ha indicado, muchas concepciones respecto de Dios se han tenido, desde confundirlo con los fenómenos naturales, hasta darle apariencia superlativa de hombre. En contraste, otros tiempos han servido para incluso negar su existencia o bien comprometerla en el mismo proceso evolutivo del mundo, afirmando con ello que el Espíritu es uno sólo y que está en proceso de perfección hasta alcanzar la plenitud (Hegel, idealismo, positivismo, etc.)

⁶⁴ “Cristo es totalmente redentor del pecado del hombre cuando se vuelve hacia el Padre, y totalmente solidario de Dios cuando se vuelve hacia el hombre... capaz de interceder...con su vida y con su muerte transfigurando el mundo.” DÍAZ Carlos, *El libro de valores personalistas comunitarios*, Ed. Mounier, España, 2000 p.93

Cierto es que cuando Dios se descubre a sí mismo ante el hombre, el hombre no sólo tiene mayor conocimiento de Dios, sino que también tiene mayor conocimiento de sí. Es hablar de una Teología que para que pueda ser tal, debe también hablarse de una antropología, pues el misterio divino llega al grado de exaltar al hombre a tal dignidad, que Él mismo toma un cuerpo humano para ser en todo semejante. Esta es la gran proeza y bendición para el hombre. Ya no volverá a estar sólo, aunque así lo experimentara, pues Dios mismo se ha encarnado, hecho hombre, tomando sobre sí todo el acontecer humano. Esta es la mayor y la más perfecta de todas las relaciones, la que da sentido a la existencia humana y del universo, pues ya no es vacío el camino, sino que hay un acompañante y un destino, un fin último.

2. Dios como perfección del hombre

El hombre ha descubierto que no está aislado en el universo, sino que su existencia tiene un destino y un parámetro que le marca el camino hasta llegar a eso que de suyo le pertenece.

Ya se ha dicho que la Teología necesita de una Antropología; pero también la Antropología para ser debe observar la necesidad de la existencia de Dios. Kant lo había ya mencionado cuando afirma que si Dios no existiera, debería existir, pues solamente él es garante del orden entre los hombre, es el gran gendarme, ya que solamente teniendo el hombre un referente superior que premie o castigue, el obrar humano individual y social puede ser más correcto.

En metafísica se dice que el hombre en cuanto a su esencia tiene ciertos principios y potencialidades que deben ser satisfechos⁶⁵. Tiene una capacidad intelectual capaz de contener al universo haciendo al hombre mismo en un universo en el que todo se encuentra; es también capaz de tener lo que ve como bueno, la verdad que la inteligencia presenta como bueno y la voluntad elige para luego libremente lo busque y luego posea. Sin embargo, nunca alcanza el hombre la satisfacción plena porque, la prueba está, siempre busca más de eso que habiéndolo alcanzado, se fuga como experiencia, aunque se tenga en materia. Esto indica que nada material e inmanente puede satisfacer plenamente al hombre; sin embargo continúa siempre con la búsqueda entusiasta y fatigosa, experimentando a veces alegrías, pero también tristezas, esperanza y desesperanza.

Ese proceso constante del hombre manifiesta la clara inclinación a la búsqueda y al encuentro, al deseo y a la satisfacción. Al no verse alcanzada mientras tenga un cuerpo limitado en consonancia con un mundo contingente y necesitado, debe entenderse que el fin último del hombre, por el que siempre se esfuerza, no se encuentra en este estado. Esto obliga al hombre a seguir buscando viajando hacia su interior y luego a su exterior, no encontrando a veces. Este desánimo es el que ha provocado en muchos el pesimismo y la negación de la existencia de Dios, o en el mejor de los casos, pensar nuevamente de Él como el distante, despreocupado o ajenos⁶⁶. Sin embargo,

⁶⁵ Los trascendentales, tratados ampliamente por Santo Tomás de Aquino en la filosofía llamada aristotélica tomista: unidad del ente, la verdad del ente, la bondad del ente, cuyo referente y plenitud lo encuentran en Dios. Cfr. REALE, G. Op. Cti. P. 485-486.

⁶⁶ Muchos hombre se atrevieron a pensar que al comprobar en la práctica una serie de malestares, injusticias, desastres naturales, muertes infructuosas, etc., Dios no existe, que no se interesa, o definitivamente ha muerto Nietzsche.

negando todos esos argumentos, debe decirse que en la afirmación de la existencia de Dios está la afirmación del mismo hombre: vivir en dignidad.

3. Afirmación de la persona en Dios

Originalmente el término persona designaba a la careta que se usaba en el teatro griego indicando que un actor personificaba, daba la cara de otro y no la suya; mostrar un rostro distinto al propio. La idea de ser uno (el actor) con el talento de representar o mostrar el rostro de otro (personaje) se afina cristianizándolo para explicar mejor la trinitaria realidad divina. Los hebreos no lo entendieron así porque a ellos sólo les fue revelada la Unidad divina en una etapa propedéutica; sin embargo, cuando Cristo, revelación de la totalidad divina, manifiesta su identidad trinitaria, no le creyeron. Sin embargo este dato queda expresado en la doctrina fundamental del cristianismo.

Cristo se revela por tanto como Dios y como hombre. También se dice de él que es el Hijo unigénito del Padre a quien ama. Por otra parte, en las diferentes teofanías se manifiesta una tercera identidad: el Espíritu Santo (humo, paloma, fugo, etc.). Con todo, no es sino hasta cuando se empieza a realizar un estudio más raciocinado del dato revelado, cuando se les da el término genérico de Personas divinas, a fin de establecer que hay una convivencia de tres en una misma esencia. Esto parece difícil de entender, por lo que durante la historia de la Iglesia este es un dogma muy atacado, pero que a ella le da el fundamento de su ser y la razón de su existencia.

De esta nueva concepción de persona se entiende mejor la afirmación del hombre como tal cuando va alcanzando la realización de su propia naturaleza,

al grado de asimilar mejor la afirmación del Génesis cuando dice que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Esta afirmación no se entiende ya como en la cultura griega clásica: los dioses concebidos a imagen de los hombres en cuanto a sus pasiones a manera de proyecciones superlativas. En ese sentido, el Dios de la revelación es una comunidad de personas que comparte su identidad personal y divina al hombre en cuanto lo que es propio de Dios: Sabiduría, Amor, Libertad. Entendido así, debe afirmarse que el hombre es más hombre, por tanto más digno, y en consecuencia más persona, en tanto cuanto es más parecido a la perfección de Dios: siendo inteligente, ejerciendo su voluntad y actuando con libertad. Esta es principalmente la esencia de ser persona.

En la medida en que el hombre haga mejor uso de sus facultades intrínsecas, mayor será su parecido a Dios; por tanto, mayor persona será. A la vez, cuando el hombre cultiva sus tales facultades, va creciendo en dignidad, pues se va identificando cada vez más con Aquel que se las compartió.

4. Dios como fin último

Ya se ha dicho también que el hombre posee ciertas facultades que le son propias y que le identifican como persona en cuanto imagen y semejanza de Dios. Ahora debe decirse que mientras el hombre se ejercite en dichas facultades del alma, encontrará un cada vez mayor parecido con Dios. Ontológicamente se dice que las facultades se perfeccionan cuando alcanzan

el bien que le es propio⁶⁷. En este sentido, vasta comprobar cómo siendo el hombre dotado de inteligencia, busca siempre inquiriendo por todo lo que está a su alrededor, busca por tanto la verdad en cada cosa que encuentra a su paso; sin embargo, habiendo conocido lo que buscaba, se da cuenta también que tal conocimiento le ha provocado otra serie de dudas conexas que requieren de su atención, por lo cual aquello que creyó conocido, termina por ser más interrogado. Por otra parte, la voluntad busca su objeto en aquello que entiende como bueno y que obteniéndolo le puede perfeccionar provocándole una satisfacción y gozo; pero descubre a la vez que cada bien cuando es deseado le inspira una cierta esperanza y por tanto una cierta idea de felicidad adelantada; pero cuando obtiene el bien, la experiencia es fugaz, se acaba y ya está deseando otro bien. La libertad misma, cuando se sabe natural al hombre, sólo de pensar que pasaría si se perdiera, o bien, entenderla mal: hacer todo lo que se venga en gana; en todos los casos, aún cuando se tiene, se sospecha su pérdida provocando la desilusión o el temor, por lo que el hombre se experimenta siempre tratando de afirmarla o adquirir más.

Estos ejemplos sirven para afirmar cuánto deseo hay en el hombre de lograr la plenitud de sus facultades alcanzando cada una su propio bien perfeccionante. Con todas esas experiencias solo basta decir que nunca encontrarán las aspiraciones naturales del hombre su desahogo en lo inmanente, sino que es necesario pensar en algo o alguien que garantice la

⁶⁷ “el misterio del mundo que evoluciona y la autosuperación del ente finito sólo puede serlo la Realidad Absoluta... la que no puede identificarse con los entes del mundo, *trascendente*, pero que a la vez penetra el mundo entero y está presente en él de una manera *inmanente*, y que es la condición para que puedan darse la autosuperación y la evolución, es la realidad a la que llamamos Dios. De ello se sigue que Dios perfecciona lo que es (es decir, lo que tiene su contenido ontológico de Él) comunicando al ente la facultad de desarrollarse a sí mismo;... confiriéndole la autoperfección (“Dieu faire se faire les choses”: Teilhard de Chardin) ”. WEISSMARHR, Béla, *Curso de fundamental de filosofía*, 5, Herder, Barcelona, 1986, p 109-110.

completa satisfacción de ellas, de modo que una vez adquirido el Bien pleno, ya no haya necesidad de desear nada más. Esto solamente puede hacerlo Alguien cuya naturaleza misma sea infinita y por tanto plena. Evidentemente nadie podría satisfacer tanto y plenamente como Dios, por eso debe tenersele como el fin último del hombre, en quien se ve la persona realizada definitivamente y por quien ya no hay necesidad de desear nada más.

CONCLUSIÓN

Después de haber abordado pacientemente y paso a paso, sabiendo que han quedado muchos aspectos a considerar dada la complejidad propia del objeto que se está estudiando, debe afirmarse que el tema de la persona no puede quedar acabado por muy exhaustivo que sea el estudio que se haga, pues a diferencia de otros entes, el hombre siempre ofrece incógnitas que dan lugar a otros futuros estudios en donde se aborden los temas que ahora no han sido tratados.

Sin embargo, lo hasta aquí tratado permite ver la misma complejidad ya enunciada sobre el tema, a la vez que afirmar algunas consideraciones hechas desde los más variados ámbitos del pensamiento a lo largo de la historia. En todos los casos, las diferentes afirmaciones permiten observar puntos de encuentro, de tal modo que se diga que el hombre es un ser naturalmente compuesto, no es simple como el resto del cosmos con quien se encuentra a cada momento. Esa complejidad de alma y cuerpo interactuando como una misma naturaleza permite reconocer en el hombre una doble dimensión orientada, una hacia dentro de donde se encuentra con su intimidad, y la otra hacia afuera, donde se descubre descubriendo al otro con quien se identifica dándose cuenta de las semejanzas y de las diferencias.

Pero no solamente se descubre a sí mismo a través del descubrir al que le es afín y con quien comparte las mismas inquietudes y preocupaciones en medio de la otra relación que le ubica dentro de un cosmos, sino que es gracias a ese doble contacto donde también se descubre como necesitado de un Ser que no puede ver, pero que dadas las circunstancias, entiende de Él la

necesidad de Su existencia, entendiendo que si no existiera, el orden de tal de las cosas y sus relaciones no serían posibles. Es más, percibe por las naturales inclinaciones y tendencias de su ser hacia algo que desea, pero es que no puede aún poseer, que ese ser es y debe ser garantía de que alcanzará en algún momento dado a cumplir tales aspiraciones. Se entiende por tanto a ese Ser como el culmen, la plenitud absoluta de toda su realidad siempre necesitada.

En conclusión, la persona es un ser que experimenta una doble realidad en consonancia, arrojado hacia dentro y hacia fuera, que debe reconocer su natural dimensión para alcanzar la plenitud, plenitud enmarcada en la realización de toda su constitución como individuo, centro de su identidad personal, pero que no puede, para alcanzarla, prescindir de la presencia de las dimensiones del tú, del ello y el Tú trascendente. Apuntando más, su misma dignidad está en dar cumplimiento absoluto a sus facultades en vía de perfeccionamiento hasta asemejarse definitivamente a las de su Creador: Dios, fundamento de toda relación inmanente: relación de Personas que se comparten y perfeccionan mutuamente en el Amor, acción y Persona divina que fundamenta y posibilita también el que la persona humana pueda vivir experimentando y realizándose en la vivencia del amor.

BIBLIOGRAFÍA

AQUINO, Tomás, *Suma de Teología*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1997.

ARANGUREN, A. Luis, *El reto de ser persona, una aproximación a la antropología de Jean Lacroix*, BAC, Madrid 2000, 325 pp.

BOCHENSKI, J. M., *¿Qué es autoridad?*, en Biblioteca de Filosofía, Ed. Herder, Barcelona, 1989, 154 pp.

BRUAIRE, Claude, *El ser y el espíritu*, en Colección Esprit, Trad. Eduardo Ruiz Jarén, Ed. Caparrós, Madrid, 1999, 215 pp.

BUBER, Martin, *Yo y Tú*, en Colección Esprit, Trad. Carlos Díaz, Ed. Caparrós, Madrid, 1993, 117 pp.

CORETH, Emerich, *¿Qué es el hombre? Esquema de una antropología filosófica*, Ed. Herder, Barcelona, 1991.

DE LUBAC, Henri, *El drama del humanismo ateo*, Ed. Encuentro, Madrid, 1994.

DÍAZ, Carlos, *El libro de valores personalistas comunitarios*, Ed. Mounier, Salamanca, 2000, 172 pp.

DÍAZ, Carlos, *Emmanuel Mounier (un testimonio luminoso)*, en Biblioteca Palabra, Ed. Palabra, Madrid, 2000, 286 pp.

DOMÍNGUEZ, X. M., *La revolución personalista y comunitaria en Mounier*, Col. Persona, Salamanca, 2002, 181 pp.

ECHAURÍ, Raúl, *El pensamiento de Étienne Gilson*, Ed. EUNSA, Pamplona 1980, 243 pp.

FROMM, Erich, *¿Tener o ser?*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996, 199 pp.

GILSON, Étienne, *El ser y los filósofos*, Ed. EUNSA, 1996 (3), 302 pp.

LACROIX, Jean, *Amor y Persona*, en Colección Esprit, Trad. Luis Aranguren Gonzalo, Ed. Caparrós, Madrid. 1997, 120 pp.

LÉVINAS, Emmanuel, *Humanismo del otro hombre*, en Colección Esprit, Trad. Graciano González, Ed. Caparrós, Madrid, 1998 (2), 113pp.

MOUNIER, Emmanuel, *Obras Completas*, Tomo II, Sígueme, Salamanca, 1993, 807pp.

REALE, G., *Historia del pensamiento filosófico y científico*, Ed. Herder, 2001 (3).

RUÍZ de la Peña, Juan L., *Antropología teológica fundamental*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1988, 286 pp.

SAYÉS, J. Antonio, *Principios filosóficos del cristianismo*. EDICEP. España, 1990, 324 pp.

SCHELER, Max, *El resentimiento en la moral*, en Colección Esprit, Trad. José Gaos, Ed. Caparrós, Madrid, 1998 154pp.

SCHELER, Max, *Ordo Amoris*, en Colección Esprit, Trad. Xavier Zubiri, Ed. Caparrós, Madrid, 1998 (2), 89 pp.

WEISSMAHR, Béla, *Teología natural*, en Curso Fundamental de Filosofía, Ed. Herder, Barcelona, 1986, 202 pp.